



Me llamo Nicomedes Ross Davidovic y, hasta hace 14 años, trabajaba como marino mercante.

La noche del 16 de abril de 1985, mientras transitábamos por el Océano Índico, una terrible tormenta estalló. Junto a mi barco fue a caer un rayo que, milagrosamente, no hirió a nadie, pero que dejó inservibles los instrumentos de navegación y el buque quedó a la deriva.

Al amanecer, descubrimos que las corrientes nos habían arrastrado fuera de nuestro rumbo y que el barco se acercaba a una isla desconocida. Al aproximarnos, observamos que unos indígenas comenzaban a encender hogueras, a pintarse los rostros con pinturas, a proferir gritos ensordecedores y a danzar al son de los tan-tan. A toda la tripulación se nos heló el corazón, nos veíamos perdidos. Rápidamente nos dispusimos a tomar el timón manual y a intentar huir de aquella isla. La maniobra del barco fue tan precipitada que, como no vimos unos arrecifes, el barco encalló con un movimiento brusco. A mí, el golpe me lanzó contra el puente de proa y me produjo una terrible herida en la pierna. Éste es el origen de mi cojera.

Ya pensábamos que nada podía salvarnos cuando, al llegar los indígenas a bordo del barco, vimos que sus intenciones no eran en absoluto malas, y sin mediar palabra se pusieron a trabajar para ayudarnos a desencallar el barco. Nos ofrecieron su comida y su bebida, cantaron canciones e interpretaron danzas. A través de señas nos explicaron que las hogueras, las pinturas, las danzas y los gritos eran expresiones de alegría y bienvenida. Después de dos días de convivencia, nos dirigimos de nuevo hacia nuestro destino.

Una vez en mi país, los médicos me dictaminaron que, con esa pierna no podía seguir trabajando y la empresa me concedió una pensión compensatoria.

Sólo en casa, tenía mucho tiempo para reflexionar y la historia del accidente no me dejaba nada tranquilo. No paraba de darle vueltas a que habíamos interpretado mal lo que los indígenas hacían, no habíamos comprendido el significado de sus palabras, su modo de comportarse. Ello me recordó la historia de la *Torre de Babel* donde, la imposibilidad de uniformar todas las lenguas y la incompreensión entre las distintas culturas habían hecho fracasar la construcción de una torre maravillosa.

Desde entonces llevo trabajando en un nuevo intento de construir la *Torre de Babel*. No una torre en la que el idioma y la cultura sea única, sino un lugar en la que todas las culturas y lenguas tengan cabida. Como os podéis imaginar, todos estos años no he trabajado sólo. Muchas personas de todo el mundo quieren que la *Torre de Babel* sea una realidad y nos mantenemos en contacto, informándonos de nuestros descubrimientos.

Después de estudiar Astrología y Astronomía, de descifrar enigmas matemáticos, de recorrer miles de archivos y bibliotecas, de realizar análisis cabalísticos... hemos llegado a la conclusión de que la *Torre de Babel*, esa en la que quepan todas las lenguas y culturas, se ha de construir aquí, en vuestro Centro Escolar.

Pero para conseguir que su construcción sea un éxito, es imprescindible que vosotros conozcáis las distintas culturas y lenguas. Que no os pase como nos pasó a los tripulantes de mi barco y vosotros seáis capaces de interpretar los comportamientos de las personas, aunque no sean iguales que los nuestros.

He de pedir os que os dividáis en grupos y empecéis a demostrar vuestros conocimientos de las distintas partes del mundo. Leed, haced uso de vuestra imaginación, de vuestros conocimientos, del trabajo en equipo. Juntos podréis resolver las pruebas que se os van a plantear. De este modo, lograremos construir los cimientos de la *Torre de Babel*.

Yo me despido ya. Me voy a seguir trabajando, a seguir investigando sobre los enigmas de la torre. Mucha suerte y ¡adelante!. Seguiremos en contacto. Entre todos conseguiremos levantar la *Torre de Babel*.

*Nicomedes Ros Davidovic*